

## el leñador desagradecido

Érase una vez un leñador tan pobre, tan pobre, que sólo tenía su hacha con la que ganarse el pan para su mujer y sus hijos. Con gran dificultad obtenía unas monedas al día y tenían que levantarse temprano y acostarse muy tarde, sin apenas descanso, para conseguir algo de comida.

"¿Qué puedo hacer?", se preguntaba, "Estoy muerto de fatiga y mi mujer y mis hijos apenas disponen de algo para comer, no tengo ni fuerzas para coger el hacha y ganarme el más basto pan para mi familia. ¡Qué mala suerte tenemos los pobres cuando venimos al mundo!"

Cuando se estaba lamentando de esta forma, una voz le llamó en tono compasivo: "¿De qué te quejas?"

"¿Cómo no me voy a quejar, si no tengo qué comer?", dijo el leñador.

"Vete a casa", dijo la voz, "excava en tu jardín y encontrarás un tesoro, bajo el árbol muerto"

Cuando el leñador oyó esto, se echó de rodillas al suelo y grito: "Mi amo, ¿Cómo te llamas?, ¿Quién eres tú, que tiene tan buen corazón?"

"Mi nombre es Merlín", dijo la voz.

"Mi amo, que Dios te bendiga por venir en mi ayuda y salvar a mi pobre familia de la pobreza extrema", dijo el pobre leñador.

"Vete rápidamente", dijo la voz, "y dentro de un año, vuelve aquí y dame cuenta de todo lo que has hecho con el dinero que encontrarás en el jardín".

"Mi amo, volveré dentro de un año, tal como me dices".

Así que se fue a casa, excavó donde la voz le había dicho y allí encontró el prometido tesoro.

Os podréis imaginar su felicidad y la de toda su familia. Y como no quería que sus vecinos supieran que se había hecho rico de repente, continuó yendo al bosque e hizo ver a todos que gradualmente parecía que su pobreza se convertía en riqueza.

Al finalizar el plazo del año, fue hacia el bosque como habían acordado y la voz le dijo: "Así que has vuelto. ¿Cómo te ha ido?"

"Bien, mi amo, mi familia tiene ahora buenos alimentos y ropas adecuadas y lo único que puedo hacer es agradecértelo cada día", dijo el leñador.

"Bueno, ahora que eres rico, hay algo más que deseas?", dijo la voz.

"Sí, mi amo, me gustaría ser el alcalde del pueblo", contestó el leñador.

"Bien, dentro de cuarenta días serás nombrado alcalde", le prometió la voz.

"Miles de gracias, mi protector, eres mejor que el pan recién hecho", le dijo el agradecido leñador.

Al segundo año, el rico leñador volvió al bosque con sus mejores ropajes y, orgulloso, se puso alrededor de la cintura su banda de alcalde.

"Señor Merlín, ven y habla conmigo", dijo.

"Aquí estoy", dijo la voz, "¿qué deseas ahora?"

"Nuestro obispo murió ayer y a mi hijo, con vuestra ayuda, le gustaría reemplazarlo. Te lo pido como un favor más", dijo el rico alcalde.

"Dentro de cuarenta días se cumplirá", dijo Merlín.

Y, al cabo de cuarenta días, el hijo se convirtió en obispo. A pesar de todo, aún no estaban satisfechos.

Al final del tercer año el leñador fue en busca de su benefactor de nuevo y, en voz muy suave, llamó: "Merlín, ¿me harías un favor más?"

"¿Qué es?", dijo de nuevo la voz.

"Mi hija quiere ser la esposa de un gran director", dijo él.

"Que se cumpla tu deseo", dijo Merlín, "dentro de cuarenta días tendrá lugar la boda".

Entonces el leñador habló de esta forma a su mujer: "¿Por qué debo ir de nuevo al bosque para hablar con una criatura a la que nunca he visto?, tengo suficientes riquezas, tengo amigos de sobra y soy una persona respetada"

"Vete una vez más", dijo su mujer, "debes desearle todo lo mejor y agradecerle todos sus favores".

Así que el leñador montó su caballo y, seguido por dos de sus sirvientes, entró en el bosque y comenzó a gritar: "Merlot, Merlot, ya no te necesito más, porque soy suficientemente rico".

Merlín contestó: "Parece que has olvidado la época en la que no tenías nada que comer, lo único que poseías era tu hacha y no eras capaz de ganar nada más que unas miserables monedas al día. La primera vez que te hice un favor te arrodillaste y me llamaste mi amo, la segunda vez, un poco menos cortés, me llamaste señor, y la tercera vez, simplemente Merlín. Ahora tienes la insolencia de dirigirte a mí como Merlot, crees que ya lo has conseguido todo y ya no me necesitas, ¡ya lo veremos!, siempre has sido poco compasivo y estúpido, continúa siendo estúpido y pobre como eras cuando te conocí"

El ahora rico leñador se encogió de hombros y se fue de nuevo a casa. No creyó ni una palabra de lo que le había dicho.

Al poco tiempo su hijo el obispo murió, su hija, la esposa del director, contrajo también una grave enfermedad y acabó muriendo. Para coronar todas sus desgracias, estalló una guerra y los soldados de ambos bandos irrumpieron en sus despensas, consumieron todo su vino y sus reservas de trigo y quemaron el maíz de sus cosechas. Prendieron fuego a su casa también y él se quedó sin un duro y sin nadie que le asistiera.

Cuando llegó la época de pagar sus impuestos, no tenía dinero y se vio obligado a vender su granja. "¡Oh, pobre de mí!, lo he perdido todo: el dinero que poseía, la granja, mi casa, mis hijos, ¿por qué no creí lo que me decía Merlín? Lo único que me queda es morirme, porque no puedo resistir esta vida de perros".

"De eso, nada", le dijo su esposa, "debemos ponernos a trabajar de nuevo.

"¿Con qué?, no nos queda ni un miserable asno", dijo el hombre.

"Con lo que Dios nos dé", dijo su esposa.

Lo único que Dios les proporcionó fue una cesta, que tomaron prestada de un vecino. Poniéndosela a la espalda y con el hacha en la mano, el desagradecido leñador volvió una vez más al bosque y trató de ganarse unas monedas al día.

Nunca más volvió a oír la voz de Merlín.